

CAPITULO CCLXI.

Tratado de La Haya.—Rompense las hostilidades.—Prision del príncipe Guillermo.—Heróico proceder de la guarnicion de Besanzon.

Por mar la gloria y la victoria correspondió al holandés en el sitio de Maëstrick.

Tres fueron los combates que durante aquella empresa hubo de sostener la escuadra de la República con las aliadas.

Mandaba la primera el almirante Ruyter, teniendo por vicealmirantes á los distinguidos marinos Blankert y Tromp.

Las escuadras combinadas, inglesa y francesa, tenían respectivamente por almirantes el príncipe Roberto y Estrées; era vicealmirante Sprach de la primera.

Tanto las fuerzas navales de Holanda como las de los aliados padecieron mucho en estos terribles choques.

Pero las de la República alcanzaron la gloria de preservar las costas y salvar la flota que venía de las Indias, cargada de preciosas mercancías, y cuya pérdida hubiera sido un golpe terrible, pues la mayor parte de los mercaderes holandeses estaban en ella interesados.

Los ingleses tuvieron en uno de estos recios combates la sensible pérdida de su distinguido vicealmirante Sprach, y los aliados no consiguieron lograr ninguno de los propósitos con que emprendieran muchas de sus empresas.

Hasta el 30 de agosto de 1673 habían entrado en campaña las Provincias Unidas, España y el imperio de Alemania concurriendo á la misma causa en contra de Francia é Inglaterra, porque la triple alianza estaba aceptada en principio, pero hasta aquel día no se habían estipulado las mutuas condiciones en que tomaban las armas.

Entonces se determinaron éstas por el tratado de La Haya, llamado así porque fué firmado en la población de este nombre.

Por este documento, que constaba de diez artículos, se confirmaba solemnemente la alianza y amistad entre el rey de España, el Emperador y los Estados Generales.

En ellos se obligaba España á hacer la guerra á Francia con todas sus fuerzas, y Holanda á su vez á restituir á los españoles, no solamente la plaza de Maëstrick, si era reconquistada, sino también todas las que los franceses habían tomado de los dominios de España desde la paz de los Pirineos.

Por su parte se comprometía el Emperador á poner en pié de guerra, á las orillas del Rhin y á la mayor brevedad, un ejército de treinta mil hombres.

Un artículo separado obligaba á España á declarar la guerra al rey de Inglaterra en el caso de que se negase éste á admitir las condiciones de una paz razonable y equitativa.

En virtud del solemne tratado de La Haya, á cuyo acuerdo concurrieron delegados especiales de las tres potencias debidamente autorizados, el conde de Monterey, gobernador general de España en los Países-Bajos, hizo la declaración solemne de guerra contra Francia, en Bruselas (setiembre de 1673).

Fácilmente se comprenderá que Francia no tardaría en corresponder cortesmente á este acto, y en efecto á su vez declaró la guerra á España: y hasta podemos añadir que con cierta satisfacción, pues que se le presentaba así ocasión de concluir de derribar al coloso, aspiración constante de Luis XIV.

Los Estados Generales fueron por entonces los más beneficiados por esta triple alianza, pues inmediatamente volvieron á entrar en posesión de las tres provincias de que Francia se había apoderado tan rápidamente.

España, además de los veinte mil hombres que anteriormente había enviado al conde de Monterey, nuestro gobernador general, aproximó al Rosellon algunas fuerzas con objeto de distraer por aquella parte la atención del reino vecino.

Salió al encuentro de nuestros tercios por esta frontera el general Bret y los rechazó prontamente.

Más afectos los habitantes del Franco-Condado á los franceses que á los españoles, se declararon en abierta rebelión, y obligaron al Gobernador á retirarse.

Trató el conde de Monterey de traer socorros por territorio de la confederación Helvética, mas negáronse los suizos á dar paso por sus dominios á las fuerzas que la corte española enviaba para que sujetasen á aquellos rebeldes.

Conseguido por Holanda su principal objeto, que era recuperar la parte de territorio que había perdido, activó las gestiones que de tiempo atrás venía practicando con el Parlamento inglés para apartar al rey Carlos de Inglaterra de la alianza con Luis XIV, y logró al fin acordar con aquella potencia un tratado amistoso de comercio.

El rey de Inglaterra ofreció además presentarse como mediador entre las naciones beligerantes para conseguir una paz honrosa.

También se ofreció como mediador el rey de Suecia, á quien agradaba poco tener una guerra semejante tan cerca de sus estados.

Francia por lo tanto iba quedándose sola para luchar con las fuerzas de tres potencias coligadas, y por esta razón, viéndose Luis XIV casi abandonado de todos, escuchó las ofertas de mediación aplazando ambiciosos proyectos para mejor ocasión.

Contaba que la triple alianza tendría un término, y entonces le sería dado humillar aisladamente á las potencias que juntas le ofrecían la guerra.

En su consecuencia se señaló de comun acuerdo la ciudad de Colonia para que en ella se reunieran los plenipotenciarios y discutieran las bases de la paz.

Estaban ya muy adelantados los trabajos para su conclusion y vencidas algunas dificultades que se iban ofreciendo, ya públicas, ya secretas, y conforme la Francia en ceder en algunos capítulos á cuya aceptación había puesto reparos, cuando tuvo lugar un hecho que desbarató todas las negociaciones.

En el mes de febrero de 1674 sucedió que en medio de la calle, y con el mayor escándalo, fué reducido á prision por orden del Emperador, el príncipe Guillermo de Wurtemberg, plenipotenciario del elector de Colonia, bajo pretexto de que hacía traición á su patria.

Este acontecimiento irritó al rey de Francia de una manera extraordinaria.

Sin embargo, obrando con prudencia, se limitó por el momento á exigir la libertad de la persona del Príncipe y á pedir al Emperador satisfacciones de aquella falta que, según él decía, atacaba al derecho de gentes, puesto que no había respetado la necesaria inviolabilidad de los plenipotenciarios en el ejercicio de sus funciones.

El Emperador esquivó el dar las satisfacciones que se le pedían, y entonces el rey de Francia, volviendo á su primera irritación, hizo retirar á sus embajadores y se decidió luchar solo contra las potencias aliadas.

Con tal objeto aplicóse á aumentar los ejércitos de mar y tierra; tomó algunas disposiciones para defender las provincias marítimas de Normandía y de Bretaña, para que el enemigo no se le entrase por casa; hizo marchar mayores fuerzas al Rosellon como refuerzo á las que ya mandaba el general Bret; destinó al mismo tiempo á mandar aquel ejército al experimentado y victorioso general Schomberg; destinó á la Bretaña gran número de fuerzas, poniendo gran esmero en atender á esta provincia que, al parecer, era la más amenazada por las tropas imperiales, pudiendo por lo tanto venir de allí el mayor peligro para la Francia.

El Emperador cometió el error de atacar primero á la Alsacia, abandonando la Borgoña, que era el punto vulnerable, y libró de su cuidado á Luis XIV, que no perdió la ocasión de cubrir su flanco inmediatamente.

En efecto, ordenó al momento al duque de Noailles, que mandaba allí, que diese sin pérdida de momento la mayor actividad á las operaciones y se apoderase de varias plazas y castillos, y que en cuanto le llegasen los refuerzos que al mismo tiempo le enviaba pasase al Franco-Condado y repeliera con vigor á los españoles.

Cumplió el de Noailles punto por punto las instrucciones del soberano y puso sitio á Gray, plaza fortificada é importante; resistió algo la guarnicion, pero no tanto como era menester.

Duño de Gray el general francés, tomó fácilmente una porción de ciudades que no hubieran caído en su poder si el Emperador hubiese mantenido en la Borgoña su ejército.

La corte española envió demasiado tarde al Franco-Condado al príncipe de Vaudemont, que se dedicó enteramente á fortificar las dos plazas más importantes de la provincia, Besanzon y Dôle.

El duque de Noailles, despues de tomada Gray, dirigióse contra la primera de estas dos ciudades, cuando fué relevado del mando por el duque de Enghien, que adoptó su idea.

Púsose el sitio y el mismo Monarca se presentó ante la plaza y visitó las obras, acompañado de su célebre ingeniero Vauban.

Atacada con gran vigor, aunque la guarnicion se defendió de igual modo, hubo al fin de capitular, quedando prisionera de guerra el día 14 de mayo.

Cuando salían los soldados de la plaza á entregar sus armas, arrepintieron de haberse rendido, y el despecho y la ira les inspiró la heroicidad inútil de emprender una lucha desigual con los franceses, que eran en número diez veces mayor, y si bien degollaron á muchos, todos ellos perecieron con gloria como se propusieron.

Faltaba la ciudadela, en la que estaba el príncipe de Vaudemont resistiendo y repeliendo todos los asaltos que los franceses daban á la escarpada roca en que estaba colocada; mas al fin se abrió brecha, y el Príncipe, comprendiendo la inutilidad de la resistencia, pidió capitulación.

Fuele concedida y ésta quedó pronto acordada, pues los franceses, contra toda esperanza en vista del hecho anterior, se avinieron á dejar salir la guarnicion con todos los honores de guerra, y dieron libre pasaporte al Príncipe para Flándes.

Duño el duque de Enghien, de Besanzon, en las condiciones que en nuestro anterior capítulo dejamos apuntadas, dirigióse inmediatamente á Dôle, cabeza de aquella provincia, para apoderarse de ella si podía, y en caso de resistencia ponerla sitio como á la primera.

Efectivamente, Dôle opuso la resistencia natural, y el de Enghien se vió obligado á plantar sus máquinas y á establecer el cerco, que quiso también avivar con su presencia Luis XIV.

Del mismo modo que Besanzon, cayó Dôle en poder de los franceses el día 1.º de junio de 1674.



J. SERRA, LIX.

LH. VIDAL, OLMO, 27.

BATALLA DE CHARLEROI.

CAPITULO CCLXII.

Batalla de Charleroy.—Sítio de Grave.—Guerra de Cataluña.

Ex cuanto hubo salido de la plaza de Dôle la guarnición de los aliados, el monarca de Francia, por consejo del célebre ingeniero militar Vauban, mandó arrasar las fortificaciones, y trasladó el gobierno superior de la provincia y todas las dependencias á Besançon, donde había estado ya anteriormente.

Estando en poder de los franceses las dos plazas principales, las fortalezas secundarias del Franco-Condado, tales como Salins, Gray y otras poblaciones pequeñas, se fueron sometiendo unas tras otras sucesivamente.

En cuarenta días quedó en poder de Luis XIV todo el Franco-Condado, que desde aquella época continuó unido al reino de Francia.

Al mismo tiempo que los franceses hacían una campaña tan activa y obtenían tan rápidos triunfos, los aliados empleaban el suyo en discutir y acordar el plan que debían adoptar, perdiendo la ocasión de poner un eficaz remedio y detener la marcha triunfante del enemigo.

Así fué que, aprovechando la indecisión de los españoles y de los flamencos, el príncipe de Condé, á cuyo inmediato mando se hallaba el ejército francés que operaba en Flandes, imitando la incansable actividad del soberano se apoderó con rapidez de los castillos y fortalezas que hostilizaban á los convoyes que llevaban víveres y municiones á la plaza de Maestrick, consiguiéndolo con facilidad.

Después, aunque las tropas de su mando no pasaban de cuarenta mil soldados, se preparó á dar la batalla á los aliados, cuyo ejército mandaba el mismo príncipe de Orange, componiéndose de unos sesenta mil hombres entre españoles, alemanes y holandeses; superioridad numérica que no impuso al general francés que estaba acostumbrado á vencer.

Confiaba el príncipe de Orange en el mayor número, y proyectaba vencer al de Condé y penetrar en Francia para cambiar la guerra del sistema defensivo, período en que se hallaba, al ofensivo, y sacarla de su territorio llevándola al enemigo, en lo cual siempre encontraría beneficio.

Encontráronse por fin los dos ejércitos cerca de Senef, en los estados del Henao, á tres leguas y media de la plaza de Charleroy.

La vanguardia del ejército de los aliados, mandada por el marqués de Souche, la componían tropas imperiales; la retaguardia estaba formada de soldados españoles á las órdenes del conde de Monterey, gobernador de Flandes, como sabemos: el príncipe de Orange con sus holandeses formaba el centro y grueso del ejército que iba á dar la batalla.

Formóse además una fuerte reserva de tropas de caballería de las tres potencias, cuyo mando fué entregado al conde de Vaudemont para proteger y acudir adonde fuese necesario, según la marcha que la acción pudiera llevar.

Según estos preparativos, puede suponerse que se dió en Charleroy una de las batallas más célebres de este siglo y también más importantes por las consecuencias políticas que había de tener el éxito, cualquiera que fuese.

Estúvose peleando desde por la mañana hasta las once de la noche del día 11 de agosto de 1674.

Dicen los historiadores de aquel tiempo, con referencia á testigos presenciales, que en el espacio de dos leguas yacían en el campo más de veinte y cinco mil cadáveres de franceses, holandeses, alemanes y españoles: hecatombe monstruosa, acusación palpable contra la ambición de los hombres.

Los dos príncipes enemigos combatieron con igual empuje, ambos correspondieron debidamente á sus esclarecidos nombres: el uno sostuvo con valentía su merecida fama de prudente, bravo y entendido general; el otro conservó y correspondió á la fama de sus insignes antepasados y justificó las esperanzas que en su juventud había hecho concebir.

Las pérdidas de uno y otro ejército fueron también tan iguales que entrambos proclamaron por su parte la victoria, y por una y por otra parte se celebró y se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias.

Puede sin embargo decirse que el triunfo estuvo de parte de los franceses, puesto que de ellos fueron los resultados.

Verdad es que el príncipe de Condé esquivó aceptar otra batalla á que le trataba de arrastrar el de Orange, mas esto fué porque no quiso exponer la gloria adquirida en Charleroy, puesto que había logrado su objeto ocupando posiciones ventajosas é impidiendo que los aliados pisaran el suelo francés, conservando al mismo tiempo las conquistas hechas.

Los generales aliados culpábanse mutuamente, como sucede en tales casos, de no haber obtenido resultado alguno en aquella campaña, pues no consiguieron siquiera apoderarse de Oudenarde, plaza sobre la que puso sitio en el mes de setiembre el príncipe de Orange, teniendo que levantarle á poco.

Avanzada ya la estación se retiraron los aliados á cuarteles de invierno.

Los españoles se marcharon á Flandes, los alemanes volvieron á su patria, saqueando los pueblos que encontraron en su tránsito, especialmente los del Brabante, y cometiendo tantos desmanes

que llegaron á hacer odioso el nombre de su general el conde de Souche.

El príncipe de Orange marchó con sus holandeses sobre Grave, que desde fines de julio sitiaba el general Rabenhaut, defendiéndola el bravo francés marqués de Chamilly.

Luis XIV mandó orden al glorioso defensor que entregase la plaza, pues su conservación no tenía ya objeto y no era necesario sacrificar las vidas de sus heroicos defensores, y en su consecuencia hubo de capitular el de Chamilly en el mes de octubre, siendo esta la única ventaja que en esta campaña obtuvieron los holandeses, costándole al príncipe de Orange seis mil hombres que perecieron en el sitio.

Operaba en las orillas del Rhin, defendiendo la Alsacia y la Lorena con solos veinte mil hombres, el vizconde de Turenna, haciendo frente á mayor número de alemanes, á quienes ganó sucesivamente tres batallas, desconcertando sus planes.

Mostróse el francés digno de la fama de general, guerrero y prudente, tanto como sagaz y osado, si bien en el Palatinado permitió á sus tropas entregarse á devastaciones innecesarias, de las que resultaron destruidas dos ciudades y veinte y cinco pueblos arrasados, con lo cual quedó algo empañada su gloria.

Al mismo tiempo que en los Países-Bajos, ardía también la guerra en Cataluña, pues teniendo los españoles deseos de recobrar aquella antigua provincia y conservando inteligencias secretas con los naturales, procuraron conseguirlo por la astucia.

Mas descubierta la conspiración por el general Bret, los conjurados fueron severamente castigados, y fué menester entonces echar mano de la fuerza.

Con tal objeto se reunieron todas las tropas disponibles y al mando del conde de San German se pusieron en campaña.

Por parte de los franceses se puso al frente de sus soldados el mariscal Schomberg, ya de antemano destinado á aquel puesto, y á un conocido de los españoles tanto en la campaña de Cataluña como en la de Portugal.

Pero el francés halló en el de San German un general digno de él por la inteligencia y la astucia que supo desplegar en esta guerra.

Comenzó el general español por sorprender el castillo de Bellagarde, que halló mal fortificado y desprovisto, y después le presentó la batalla, empleando para vencer un ardor que le dió buen resultado.

Fingió preparar la marcha para volverse á Cataluña, y hasta hizo que se le dijese á Schomberg por medio de tercera persona; para mejor fingir lo que pretendía hacer creer, se proporcionó cuantas caballerías pudo y las hizo marchar por la cuesta de los montes, mientras que colocaba en los barrancos á su infantería.

Cayó el primero en el lazo el general Bret, que pesoso de que se le hubiese quitado el mando en jefe, quería acreditarse por medio de algún hecho glorioso, y sin orden de Schomberg salió en persecución del enemigo, á quien suponía en retirada, yendo así á dar en manos de los españoles, que le esperaron donde bien les vino.

Tuvo el francés graves pérdidas, pues cuanto más se revolvió para salir del peligro más se engolfaba en él, recibiendo mortíferas descargas.

Súpolo Schomberg, y sin meditar que aquello era una celada envió un gran refuerzo á Bret para reparar su fracaso, lo cual dió lugar á que se generalizase más la refriega en Morellas, á orillas del Tech, que si bien duró poco tiempo, dejaron los franceses tres mil hombres en el campo entre muertos, heridos y prisioneros, entre los cuales se contaba el hijo del mariscal Schomberg, que mandaba un regimiento de caballería.

No obstante esta victoria, y que el general San German no había pensado en replegarse á Cataluña, tuvo que verificarlo, porque de ello se le envió orden desde Madrid, pues de las fuerzas que tenía habían de enviarse gran parte á Mesina, donde había estallado una rebelión en contra del gobernador español.

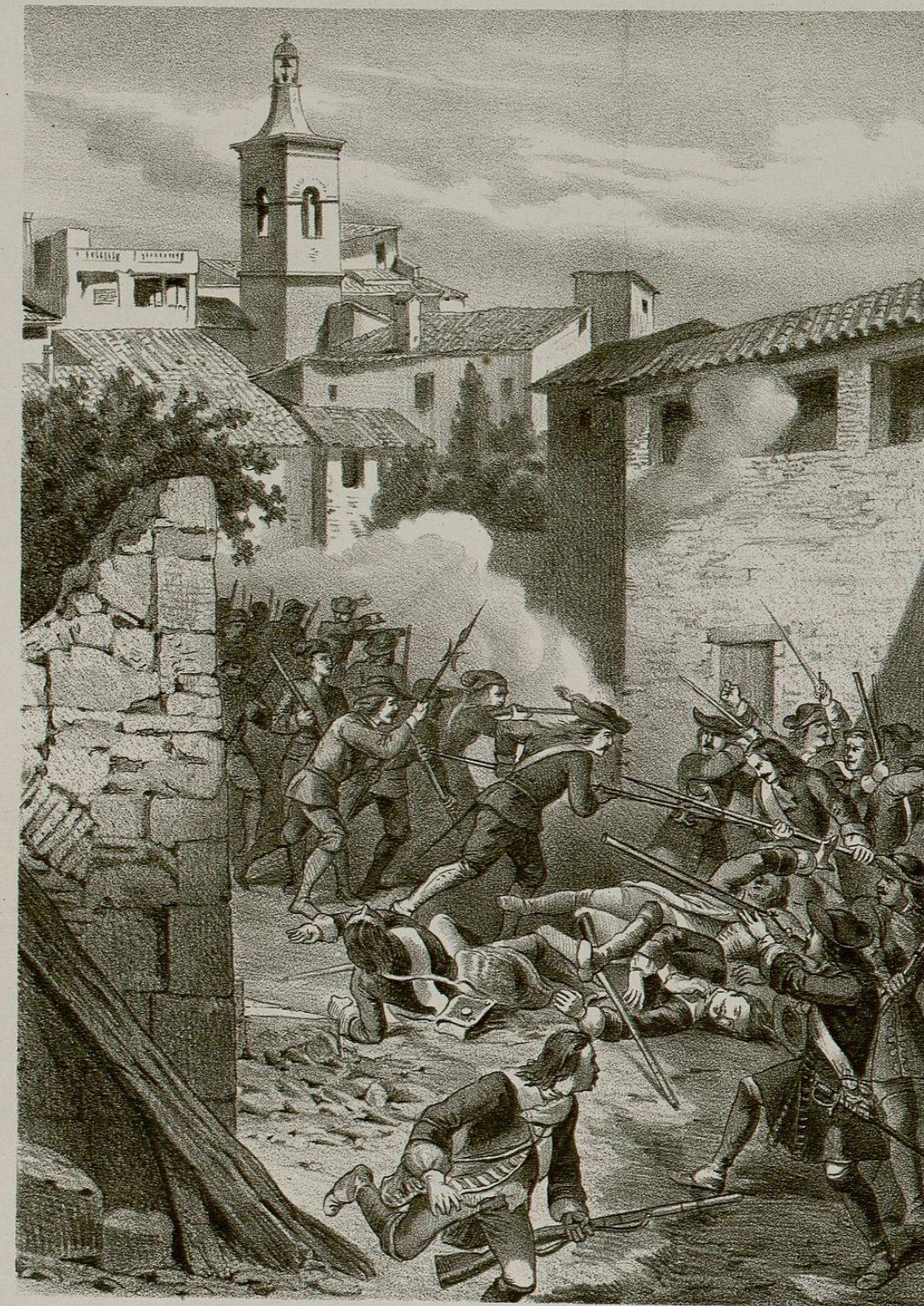
En consecuencia, el conde de San German no logró de su triunfo otra ventaja que mantenerse á la defensiva durante lo que quedaba de año en la frontera de Cataluña, porque las tropas que le quedaron no eran suficientes para emprender nada serio.

Hicieron muy señalados servicios en esta campaña al lado del veterano general San German, el conde de Lumieres y los jóvenes marqueses de Leganes y de Aytona; é igualmente los migueletes catalanes proezas de valor, interceptando convoyes, practicando atrevidas excursiones en que llegaron hasta los muros de Perpiñan.

Los migueletes estaban mandados por Trinchera y el baile de Mossagoda, llamado Lamberto Manero, el cual, en una de sus atrevidas excursiones, dió muerte con su propia mano al traidor catalán Juan de Ardena.

En sus atrevidas empresas contribuía mucho al éxito el espíritu de los naturales del país.

Tal es en resúmen el resultado de la campaña de 1674, en tantas partes sostenida contra Luis XIV de Francia por las potencias aliadas en contra suya.



J. SERRA, LP.

LA VIDAL, OLMO, PT.

HERÓICA DEFENSA DE GERONA.